

El camino hasta el hospital

Elena, una campesina, se debate entre la vida y muerte. ¿La diferencia? Lo que tardemos desde su casa al hospital.

Su casa está en La Loma Franco Villa, un caserío de once fincas al norte de Nariño. En invierno viven del café, en verano del frijol y del maíz. La finca de Eder Pascuasa, la más pudiente, tiene cinco mil palos de café, cuatro vacas y dos caballos.

Llovió toda la madrugada y apenas escampó al alba, como dirían acá. Tanta fue la lluvia que las nubes bajaron al nivel de los potreros, tapando todo lo que pasa en ellos y basta con caminar tres metros para mojarse los tobillos. A este clima le dicen *páramo*, aunque para el resto de los mortales sólo es una niebla espesa.

Notarán que en este pedazo del mundo se rebautizaron ciertas palabras. Todo acá es particular: los riachuelos donde los niños matan a los cangrejos porque los consideran una plaga, la casa donde bajan los breques en la noche pues la factura llegó carísima y no quieren arriesgarse, las mujeres cargando palos de leña mientras oyen música en radios de pilas. Y así.

No será una mañana tranquila, hace diez minutos escuché unos gritos inteligibles. El chisme dice que Elena peleó con su esposo, lo amenazó con un cucharón y luego corrió al monte gritando.

— ¡Me voy a matar! ¡Me voy a matar!... Y ahí sí me van a llorar.

Los chismes llegan rápido porque el sonido viaja mejor en el campo: basta con salir al patio y echar un grito para contarle cualquier cosa a los vecinos. El único

ruido acá viene de las vacas y los garrapateros, unos pajaritos que cantan como los cucarrones. En este momento escucho una suerte de red social de campesinos gritando: «Elena se fue a matar al monte».

Su casa se construyó con bareque y tejas de zinc, tiene dos piezas, lavadero y un retrete cubierto por un techo de madera. En el patio hay once personas sin saber qué hacer ni en dónde buscar: la montaña se divide entre plantaciones, potreros y maleza. Elena podría estar en cualquier parte.

Tres mujeres y dos niños se animan. Los niños usan chanclas y las mujeres baletas de caucho, la mayor carga un *guagüita* de un año en su espalda. El plan es ir por los caminos, rodear los cafetales y rezar.

Y cuando empezamos a perder la esperanza, llega el milagro. Porque Dios a veces se pone de nuestra parte. Un perro ladra y uno de los niños lo escucha. El perro encuentra a Elena y el niño encuentra al perro. El niño corre a la casa y grita llorando.

—Maricas, la doña está muerta... ¡muerta!

Cinco hombres van al rescate. Entre ellos un jornalero con machete y camisa de Millonarios llamado Ramiro.

La encuentran desmayada, con la cara llena de vómito y los labios morados. Cayó en lugar terrible, los jornaleros lo evitan por miedo a las culebras dormidas entre la maleza. Hace dos semanas Ramiro se *topó* con una y necesitó tres perros y dos amigos para matarla. «Era una Culo de Ají colorada —me dice— y llegaba al metro». La descripción es vaga, pero creo se refiera a una Serpiente de Coral.

Ramiro agarra a Elena de la cintura y la pone sobre su hombro, como cargaría un bulto de café. Para él no es una odisea. Los cultivos están en la parte baja de la montaña y hay que llevarlos hasta las casas, a veces en caballos a veces sobre el hombro. Los bultos son *kiliados* en una balanza y sólo compran los que superen los sesenta y cinco kilos.

Elena pesa menos que un bulto y parece más incómodo manejar su cabellera. Ella es particular, también: su cabello llega hasta cintura, perdió un diente por alguna razón y uno de sus ojos tiene cataratas.

Una vez en la casa escupe una baba amarillenta, abre y cierra los ojos sin decir nada. Cuando uno de sus hijos se acerca, saca una mirada reveladora. Los religiosos dirían que el pecado es cobarde, pero creo que la vida es bella y tenemos perderla. Me parece la mirada de una persona arrepentida y asustada, agarrándose a la vida y con la muerte colgada en el pescuezo.

Y si no se está muriendo, puja como si lo estuviera. Son unos gemidos secos, en tono bajo y desde las tripas.

—Llamen a la ambulancia, se escucha.

—Esos qué van a venir hasta acá, responde alguien.

—Entonces saquémosla al hospital del pueblo, dice alguien más.

No es fácil. Para llegar a la carretera que lleva al pueblo hay que atravesar un camino de herradura entre las montañas, una labor de veinte minutos con buen tiempo. Una vez ahí, resta caminar otros cuarenta minutos.

No importa. Narcisa, una vecina de cincuenta años, le limpia la cara y le pone una falda con un chaleco de tela. Le entiendo, entre murmullos y llantos, «qué vergüenza para ella sacarla mal vestida al pueblo».

La Loma no conoce el suicidio, nadie siquiera amenazó con hacerlo. La última muerte trágica fue la de Víctor, de 21 años, en un accidente de moto. Narcisa recordó, «lo dejaron tan mal al pobre que los doctores lo cocieron como si se fuese un marrano y ni así lo pudieron salvar». Tras el entierro salieron los chismes: murió escapando de la policía, se mató por desamor, estaba maldito por su madre... En realidad, estaba tan borracho que seguro ni sufrió los dolores de la muerte.

Los hijos de Elena son Camilo y Daniel, se calman un poco al ver a su madre con la cara limpia. Hace poco les dieron café con pan y mientras comían confirmaron la pelea de sus padres y añadieron que su madre sostenía una botella de Baygón en la mano.

El padre de los niños se llama Hernán, tiene fama de buen padre y pésimo esposo. Está acorralado por una muchedumbre iracunda con ganas de apedrearlo a la más pequeña provocación. Pero él no pelea ni llora. Cuando Elena estaba desaparecida consoló a los niños y ahora está en su propio debate: si ella muere, seguro lo matarán a golpes en su propio patio.

Tres hombres se turnan para cargarla hasta la carretera.

Uno no aprende a caminar hasta que camina en un lugar así. El barro se pega a los zapatos aumentando su peso, tampoco puedo afirmar la pisada y agarro cualquier rama para no caer al fango. Por suerte, los niños me enseñan a caminar.

—Así, con fuerza... con el pie *ladeado* —dice uno mientras hunde su pie en el barro—, primero éste y después el otro. De vez en cuando hay que pisar una piedra para quitarse el barro.

El camino atraviesa tres fincas y en cada una se suman dos o tres curiosos. Al llegar a la carretera somos una procesión con más de treinta personas.

La carretera tiene unos cuatro metros de ancho y en verano pasan sin problema camiones cargados de piedras o arena. Los moto ratones llegan hasta acá por dos mil pesos, pero ninguno vendrá con este clima.

Y para nuestra mala suerte empieza una lluvia boba. Nadie sacó sombrilla, pero nadie se regresa a buscarla. Las mujeres de la procesión lloran desconsoladas, otras elevan plegarias y doña Soledad, la más anciana, ya rezó tres rosarios; los hombres y los niños caminan.

Entre la lluvia aparece Lulú, la mejor amiga de Elena. En realidad se llama Lucrecia y le llaman así por su parecido al personaje de los comics. Lulú, para los amigos, tiene treinta y ocho años, baletas, un vestido pequeñito y un novio con moto. Lo llama. Le *ruega* que venga. El joven está borracho y la mamá, quien responde el teléfono, se compromete a despertarlo y subirlo a la moto como sea. Con suerte llegará en treinta minutos.

Lulú me cuenta que Elena le dijo muchas veces, un poco en broma y un poco llanto.

—Un día de estos me voy a matar y voy a dejar mamando a más de un *viejo pipón*. Ahí no van a ver quién es la mala, sino que van a estar chillando todos por igual.

Pero luego se reía y Lulú lo tomaba a broma. Lo preocupante eran los celos de Hernán y sus golpizas por mera sospecha. Dicen que una vez se encolerizó al punto de amenazar de muerte a Daniel, pues dudaba de su paternidad.

Sin moto... hay que seguir caminando.

A los cinco minutos un hombre llamado José llega una moto. "Suban a la doña", dice. Entre todos subimos a Elena, Lulú se monta sobre la parrilla y la agarra de la cintura. La moto arranca y deja atrás una estela de humo que se pierde entre el *páramo*.

Los demás continuamos la marcha hasta el pueblo, hablando para esquivar el frío.

Se llama Buesaco y es una larga línea de casas y bodegas de café sobre la montaña. Desde su nacimiento le pronostican una catástrofe, pues se construyó en una montaña frágil y llena de grietas. Por ende, todo buesaqueño teme que un derrumbe masivo los borre del mapa y mate a sus cinco mil paisanos.

El miedo no frenó el progreso. Tienen un puesto de salud nivel dos, seis casinos, cuatro discotecas, un estadio para trescientas personas, un San Andresito y una galería. En un restaurante de asados te cobran nueve mil por un chorizo con arepa y gaseosa.

Al llegar nos encontramos con tres comparsas, de treinta personas cada una. Se escampan a lado y lado de la carretera. Hoy celebran el Carnavalito, un desfile de niños enmarcado en el Carnaval de Negros y Blancos. La reina es una jovencita de diez años con una corona bastante fina y un vestido de gala plateado, a diferencia de los plebeyos se escampa en el carro que la desfilará por todo el pueblo.

Llegamos al puesto de salud empapados. Esta vacío. Ramiro y otro hombre bromean para olvidar el frío. Es un buen día para venir, dicen ellos, porque apenas empieza el Carnaval y los borrachos aún no llenan el puesto de salud con sus intoxicaciones y heridas de pelea.

El vigilante es un flaquito, con capa de moto y corte militar. Dice que le da mucha pena con todos pero sólo una persona puede entrar y ya entró Lulú.

Las ancianas que aún quedan, los familiares y los chismosos nos escampamos en los *borditos*, bajo las casas con balcones y segundo piso. El *páramo* desaparece y se transforma en lluvia.

Soledad llega bajo una sombrilla y rompe el silencio. Al verla comprendo que uno de joven es muy lento. Arrastrando sesenta y tres años caminó hasta la iglesia y habló con el padre Damián, quien le recomendó una misa para salvar el alma de Elena, en caso de que muriera. La misa podría auspiciarse a medio día por el valor de veintiocho mil pesos, pero, como el padre es generoso, pueden pagar la mitad ahora y el resto después.

Por desgracia, tenemos un problema más terrenal. Elena, un poco más viva que muerta, debe ser trasladada a Pasto. El trámite es sencillo, salvo por un inconveniente: con el ajetreo nadie pensó en traer su cédula o el carné del Sisbén. Lulú dice que basta con el número, pero ni eso sabemos. Hernán, aún en casa, no tiene celular y nadie más lo acompaña.

José prende la moto y regresa en busca de los carnés. Mientras Lulú aprovecha la calma para dar más noticias.

—Que está estable, pero que hay que llevarla al Hospital San Pedro (en Pasto) para un lavado de estómago y otras cosas.

A la hora llega José. Los papeles estaban en una bolsita negra, dentro de un pantalón viejo, dentro del armario en la pieza de los hijos de Elena. Para descubrirlo hubo que revolver toda la casa.

Lulú la acompañaría a Pasto, por eso es la mejor amiga. Salieron en una ambulancia bajo la lluvia. Antes de partir, Lulú acabó con el suspenso y tranquilizó a todos.

—El doctor dice que ya no se muere, pero que hay que llegar a Pasto lo antes posible. La vida de ella está en Pasto.

Lo peor ya pasó: Elena sobrevive en la ambulancia y el padre echa un par de rezos por su alma. Lo que resta es puro trámite, chismes y dolor de tripas.